

¿AFECTA LA LEY HELMS-BURTON LA SOBERANIA DE CUBA?

Por

Jorge A. Sanguinety

No, no la afecta. La soberanía es hoy un escudo de Castro.

En el intento de debilitar al régimen de Fidel Castro y propiciar cambios hacia la democracia en la isla, las diversas medidas tomadas por Estados Unidos tienen el efecto secundario e indeseable de afectar la soberanía de Cuba. La Ley Helms-Burton, al igual que otras decisiones similares, condiciona severamente las acciones del gobierno de transición que suceda a Castro. Dicho gobierno, para poder restablecer o normalizar las relaciones de Cuba con Estados Unidos tendrá que satisfacer una larga serie de requisitos según la complacencia de las autoridades de este país. Ningún cubano con un grado de decoro puede ver esto con indiferencia y sin un cierto rechazo. La enmienda Platt es parte íntima de nuestra historia, como fue parte de nuestro esfuerzo de construcción nacional, la lucha por derogarla.

Pero, ¿será posible tomar medidas contra el castrismo que no afecten la soberanía de Cuba? Tendrán que ser los expertos en derecho internacional los que respondan esta interrogante. Yo sospecho que el espacio para soluciones factibles es sumamente estrecho; posiblemente inexistente. Es decir, no hay modo de restringir a Castro sin infringir la soberanía, de ahí que se presenta el dilema de la legitimidad de cualquier medio que se adopte desde afuera. Igualmente, se puede usar la defensa de la soberanía como un modo sigiloso o hipócrita de defender a Castro, tratando de evitar que su poder totalitario sea reducido o incluso eliminado.

Surgen, entonces, toda una serie de cuestiones cuyo debate es ineludible. Primero que nada podemos preguntarnos, ¿de qué soberanía estamos hablando, de la de una nación o de la de un tirano? ¿El respeto a la soberanía de un país equivale a la total indiferencia internacional sobre lo que ocurra dentro de sus fronteras? Yo no creo que la soberanía debe convertirse en el escudo de los déspotas que no reconocen la soberanía personal de sus propios ciudadanos. La intervención de un país en los asuntos internos de otro es generalmente indeseable. No existe una tábula rasa por medio de la cual se pueda determinar cuándo una intervención dada es legítima o no. Pero, ¿quién podía alegar que Hitler o el *apartheid* de Sur Africa eran intocables porque los protegía la soberanía nacional?

Cierto, Castro no ha llevado como Hitler a tantos millones a los incineradores. Pero, ¿cuántos muertos se necesitan para condenarlo y atajarlo sin que tengamos pruritos sobre la soberanía? ¿Cuántas más violaciones a la soberanía de otros países? Pero, aún cuando Castro no haya hecho nada de lo que ya hizo en el terreno de la soberanía ajena, se justificaría todavía una intervención desde el momento que se profesa una idea contraria al principio de la soberanía de las naciones, la del marxismo-leninismo. En esta filosofía el “internacionalismo proletario” se declara enemigo de tales conceptos y sería muy tonto por su parte defender un régimen con conceptos que él mismo aborrece.

Por otra parte, no puede haber soberanía sin nación. Fidel Castro no es precisamente un campeón del despotismo ilustrado. Carlos III y el Marqués de Someruelos hicieron más por Cuba que este señor; y ni siquiera eran cubanos. Castro y su turba se han dedicado a la desintegración de una nación. Cuba sufre, como pocos países sufren hoy, la tragedia inmensa de vivir un proceso de descomposición nacional, tanto física como moralmente y el responsable directo y principal de este proceso es Fidel Castro. Esto no libera de responsabilidad a muchos otros, desde los que crearon las condiciones para el advenimiento de Castro, a los que lo apoyamos sin saber que estábamos apoyando a un monstruo y a los que por omisión o comisión todavía lo sostienen.

Otra triste y dolorosa realidad es que la soberanía no es algo que se regala o que existe libremente como el aire que respiramos. Tampoco es algo que se mendiga, sino que se conquista, parafraseando a Martí. A pesar de sus pecados históricos, Estados Unidos posiblemente ha estado y está entre los países más respetuosos de los derechos de otros, cuando los otros se dan a respetar en el concierto internacional de naciones.

La soberanía de Cuba hay que ganarla cuando su pueblo, o por lo menos “aquellos pocos que llevan el decoro de muchos” puedan elegir gobernantes dignos del respeto ajeno. Este deberá ser uno de los desafíos más ennoblecedores del grupo gobernante que venga después de Castro. Yo aquí me pregunto, ¿qué estamos haciendo para que la sucesión de Castro sea la que deseamos?

Cuando Castro tomó el poder, la nación cubana estaba todavía medio por hacer. Quizás estaba mejor hecha antes del 10 de marzo de 1952 y como sugiriera Luis Aguilar León en *La Décadatrágica*, lo que habíamos construido hasta el 50 ya había comenzado a quebrarse. Nuestro pasado reciente está plagado de malas noticias. La buena noticia es que todavía podemos recuperarnos, ser libres, con toda la fuerza que dá la dignidad y demandar entonces que se respete la soberanía que hemos ganado a puro esfuerzo y sacrificio.

Abril del 1996